

PRÓLOGO

Completamente ajeno a todo propósito folklórico y mira científica, este libro ofrece una gallarda muestra de las condiciones artísticas del gran poeta anónimo. Colección escogida de *Cantes Flamencos y Cantares*, sus elementos se encuentran diseminados en las conocidas colecciones de *Don Preciso*, Fernán-Caballero, Lafuente Alcántara, *Denófilo* y Rodríguez Marín, que utilizó en su voluminosa obra, la más completa y científica de esta índole de cuantas existen en España, los trabajos de sus predecesores. Con posterioridad a esta, el señor Pérez Ballesteros ha reunido en su excelente *Cancionero* más de dos mil *copras* gallegas; Bertrán y Bros ha publicado las *Cansons y Folliés* del pueblo catalán; Olavarría, en su *Folklore de Proaza*, lindas coplas de Asturias; y en multitud de trabajos populares se han dado y siguen dando a conocer todos los días preciosas jotas, manchegas, pardicas, ruadas, zorzicos, corrandes, muiñeiras y cansons mallorquinas, de las cuales, según nuestras noticias, posee una riquísima colección inédita el docto bibliotecario de Barcelona don Mariano Aguiló, quien, publicándola, prestaría a la nueva Ciencia, y especialmente a la Literatura popular, señalado servicio.

De todos estos datos y otros muchos, que no cabe apuntar aquí, se desprende que el pueblo español, teniendo en cuenta el número de coplas que cada una de las regiones podría aportar a la masa común, dispone de un capital flotante que acaso no baje de cien mil canciones, capital que llegará a constituir, así lo espero, en plazo no lejano el *Cancionero popular español*, que ha de ser una resultante de los Cancioneros regionales, aún por desdicha no publicados todos.

Mientras llega este día, que será verdaderamente célebre en los fastos de la Literatura española, conviene de vez en cuando tomar, si se me permite la frase, la espumadera de la crítica y recoger con ella la flor y nata de estas canciones, para solaz y recreo de las personas de buen gusto literario y estímulo de los que continúan su penosa y deslucida tarea de recolectar.

Para la muy agradable de elegir, hecha posible por el oscuro y laborioso esfuerzo de los obreros del saber popular, para quienes todas, absolutamente todas las producciones del vulgo, tanto las bellas como las reputadas por más insignificantes y sin mérito son igualmente apreciables, nadie quizá, contra lo que ordinariamente se cree, menos a propósito que los folkloristas, y esto por dos razones, sumamente fáciles de entender al menos lince. Primera: que en fuerza de recoger coplas y de estimarlas todas, si bien cada una por distinto concepto, el folklorista se incapacita para distinguir las notas puramente estéticas de estas producciones, aconteciéndole algo parecido a lo que pasa a los devotos con sus santos, a saber: que en fuerza de manosear a estos, transportarlos de un lugar a otro y sacudirles

el polvo, llegan a familiarizarse con ellos hasta el punto de perderles el respeto; y segunda: que, no siendo meros motivos de belleza los que solicitan a los folkloristas para sus colecciones, el escoger unas coplas y el desechar otras constituye para ellos una especie de profanación, análoga a la que constituiría para el botánico que estudiase la flora de un país el elegir las rosas y jazmines, verbigracia, y desechar los ásperos y espinosos cardos y ortigas, con frecuencia más útiles para la industria que aquellas bellas y elegantes flores.

Pero ¿quién es el autor de estas preciosas coplas, que es lo que interesa? —preguntarán los lectores de este libro.

¿Que quién es el autor? Pues lo mismo lo sé yo que vosotros y que todos cuantos, así en el extranjero como en España, se han ocupado en la resolución de este grave asunto. El autor de estas coplas es Don X., a quien, para no pasar plaza de ignorantes, hemos convenido en llamar *Pueblo*, como pudiéramos haberle puesto, por ejemplo, *Perico el de los Palotes*.

Mas Perico el de los Palotes, me objetaréis, no puede haber compuesto tantísima copla; la vida de un hombre no alcanza para tanto.

Tenéis razón, lectores; pero vosotros no estáis todavía iniciados en los misterios profundos de nuestra sabiduría. Al decir autor, no quiero decir precisamente autor, sino autores, porque, como habréis sagazmente adivinado, todas las coplas de esta colección no son hijas de un mismo padre, sino de

muchos, a los cuales, para satisfacer vuestro tenaz y, en mi opinión, un si es no es pueril empeño de darles un nombre, llamaré Juan Sánchez, Manuel Pérez, Dolores García y Josefa López, sin contar al *Fillo*, *Frasco el Colorao*, *Curro Durse*, *er Quiqui*, Juana la Sandita, *la Andonda*, *Sirberio*, Pepa *la Bochoca* y otra infinidad de poetas que, sin ser académicos de la Lengua ni personas de viso, son tan perfectamente conocidos en su casa a la hora de comer como lo fueron y son algunos de estos célebres cantaores por los aficionados a las *juergas* flamencas, que así se tiran una jara, y se toman y se dan una puñalá, y se cantan una seguidilla por *too lo jondo*, y se beben diez bateas de cañas de a diez docenas cada una, apurando con cada batea su platito de aceitunas *moráas* y alcaparrones, como se *camelan* una *gachí* o se capean un toro, dándole una *estocá por too lo arto* en un decir Jesús o en menos que se persigna un cura loco.

Tienen estos autores por profesión la de vivir: viven en su casa y de lo que comen, como cualquiera; y en punto al alma, la tienen en su *almario*, ni más ni menos que el más encopetado y, a falta de laurel, emperejilado vate. A estos *cantaos* de profesión, que no sólo viven de lo que comen, sino de lo que cantan, han de unirse como autores, según he dicho, los infinitos Sánchez, Pérez y Garcías, que, así como los López, no son los Sánchez, Pérez o López que conocéis, sino *otros López*, que en infinito número andan desparramados por esos mundos de Dios, arando, tejiendo, carpinteando, forjando, cosiendo, cavando, vareando aceitunas y rompiéndose el alma de mil modos, y ajenos por completo a que sus cantos y trinos son luego motivo de estas disquisiciones

filosóficas, vamos al decir. Entre estos autores, anónimos en fuerza de llamarse como se llama todo el mundo, hay autores y autoras, y toman parte ciertamente no menos Menganitas que Fulanitos, esto es, *hombrecillos*, que *personas imaginarias*, si son exactas las etimologías alemana y árabe que a las palabras *Fulano* y *Mengano* atribuye la última edición del *Diccionario de la Lengua*.

Fulano, don Fulano, el señor don Fulano y la Excelentísima señora doña Mengana, el Ilustrísimo señor don Zutanejo y la Eminentísima señora doña Perenceja, quizá criada de servicio la una y aprendiz de barbero el otro, son más de una vez los respetabilísimos autores y autoras de las coplas de este libro; coplas que no conseguirían mejorar, ni aun sudando el *quilo*, los que, al escribir versos y figurándose estar haciendo embuchados para la venta, estiran, estiran, estiran, y rellenan, rellenan, rellenan sus composiciones poéticas, olvidándose del precepto de que la mejor poesía es la que dice más en menos palabras, y ni más ni menos que si intentasen parodiar el chacinero que aspira a vender como *carne* lo que son *piltrafas*.

Esto, a la verdad, no acontece con las producciones del respetable vulgo, *vulgus* en latín, *volgo* en italiano, *volk* en alemán, *folk* en inglés. El poeta, ¡dale con el poeta!, los poetas y poetisas anónimos, no usan los ripios. La falta de ripios es una de las verdaderas notas características de la poesía popular: el ripio es un primer que el pueblo desconoce: en *tesis general*, puede asegurarse que copla, *soleá*, o seguidilla que tenga ripio, no la ha hecho el pueblo; ningún Juan Sánchez ni Dolores Fernández, ningún Zutaniño ni Menganilla

alguna, dicen cantando lo que no es necesario para la expresión de sus sencillos sentimientos: cuando les duele se quejan, y cuando se alegran ríen, sin meterse jamás a esmaltar sus risas o sus lágrimas con adornos postizos. Fulanilla y Menganillo, autores de la copla que comienza:

No canto por que me escuchen
ni para lucir la voz,

no comprenden en su simplicidad esa costumbre jeremíaca de los líricos malos de meternos el corazón en un puño, contándonos sus muchas veces sólo pretendidas cuitas; así que cantan, creyéndoselo por lo visto de muy buena fe:

Todo aquel que dice ¡ay!
es señal que le ha dolío.

Juan y María no comprenden tampoco que pueda convertirse en motivo de lucro el cantar uno sus penas, ni mucho menos en motivo de recrear a un público determinado. Cuando canta, por ejemplo:

Blanquita como la nieve,
¡qué lástima de gachí,
que otro gachó se la llevé!

le tiene completamente sin cuidado que todos los académicos, literatos o literatas, críticos o criticonas del mundo, desenvainen la pluma y decidan, como en última instancia y sin apelación, que tales producciones son feas o bonitas. Las coplas populares no

están hechas para *venderse*, ni aun para *escribirse*, por lo tanto, es imposible juzgarlas bien no oyéndolas cantar, toda vez que no sólo la música, sino el tono emocional, les da una significación, una expresión y un alcance que meramente escritas no pueden tener. Una misma palabra dicha con diferente *tono emocional* significa, lo mismo para un niño que para un perro, una cosa completamente distinta. No es que la copla se pone en música como se puede poner en música una oda: es que la copla, verdaderamente real y espontánea, cuando nace, nace ella misma *cantándose*, si vale expresarme así. Una copla escrita, es una copla estropeada; es como un naranjo nacido en Sevilla y transportado a Madrid, en cuyo clima apenas puede vivir de otro modo que como planta de estufa. La copla no es como el romance del ciego, en que se escribe ya para dar gusto a un público y sacar-le los cuartos. Por esta razón, desde el punto de vista afectivo, la copla popular o anónima es superior, casi siempre, a la hecha por el erudito.

La espontaneidad y la sencillez son notas características de estas producciones. En ellas se muestra el alma, ruda y agreste si queréis, pero virgen: *l'anima non sofisticata d'al vero*, que dice el insigne Pitré: el alma no adulterada ni enmascarada se muestra en las coplas populares, sin convencionalismos ni caretas que la desnaturalicen ni disfracen.

El pueblo en sus coplas jamás finge ni miente (exagerar no es mentir, porque es una modalidad de la fantasía). Por eso no vacila en decir:

Tu mare forforiyera,
y tu pare esquilaperros,

¡vaya una gente fulera!

El pueblo es ingenuo como el niño, que, sin conocer las convenciones sociales, pide el objeto que ve y se le antoja, y llama fastidiosa a la persona que se lo parece, muy a despecho de los finísimos y atribulados padres que, sin meterse a distinguir de edades, quieren tragarse con la vista al angelito al ver que no miente todavía con el aplomo que ellos.

La intensidad con que los hombres del pueblo sienten el reducido número de afectos y de ideas con que hacen su vida, y el carácter, aunque empírico, verdaderamente real y no abstracto, de sus escasos conocimientos, da a sus producciones un vigor extraordinario y gran propiedad y sobriedad a los términos de ellas.

Procuraré explicarme. El hombre y la mujer del pueblo son, como los que pertenecen a clases más cultas, propietarios; pero sus predios, en vez de tener miles de aranzadas como los de aquellos, tienen sólo muy pocas fanegas de tierra; y como, además, la necesidad les obliga a cultivarlos por sí mismos, conocen más a fondo las condiciones de las plantas y flores de su pequeña heredad y las aprovechan mejor que los grandes terratenientes. Así, por ejemplo, como Fulanito no conoce, ni entiende, ni maneja más que el español, es con frecuencia (porque a la fuerza ahorcan) más castizo que el que sabe su poquito de inglés, de alemán, de francés, de griego, de latín, de árabe, de hebreo, y aun su mijita de tagalo, si es preciso. De aquí que Fulano y Mengano y Zutano hayan sido y sean considerados, no sólo en España y ahora, sino en todos los tiempos y en todos los pueblos del mundo, los grandes factores de la lengua, que es antes para *hablar* que para *escribir*,

siendo hoy sobre las lenguas habladas y no sobre las lenguas escritas, empleadas sólo como medio supletorio, sobre las que la Filología hace sus más serios trabajos y mejores conquistas. La Gramática no es, como dice un célebre autor inglés, el conjunto de reglas convencionales y fijadas dictatorialmente luego por una corporación, por alta que sea, sino la resultante del esfuerzo de *todos los pueblos y de todos los hombres*, para comunicar de una manera propia y adecuada sus ideas y sentimientos.

El acertado empleo de las imágenes y comparaciones es, en estas coplas, prenda que da a estas verdadero realce y *originalidad*, porque esta difícil condición no se adquiere buscando lo exótico y estrafalario, sino cultivando y desenvolviendo lo que cada individuo y cada cosa tienen de propio.

Poseen también las coplas populares, cuyas notas distintivas no cabe enumerar aquí, una condición de gran precio, a saber: que el molde de ellas es tan amplio, vago e indeterminado, que basta la más leve modificación de un relativo, de un tiempo, de un hombre, de un artículo, muchas veces de una sola letra, para hacerlas adaptables a los casos y cosas más diferentes, habiendo algunas de tan natural y al mismo tiempo delicado artificio, que pueden pasar a expresar, con breves modificaciones, los más contrarios afectos y situaciones del ánimo. En este punto creo aplicable a la poesía el mismo criterio que a los idiomas, cuya riqueza más consiste en tener palabras que se presten a expresar muchas relaciones diferentes, que en poseer vocablos que signifiquen una cosa determinada hasta su último extremo. La existencia del verbo *to become*, el *devenir* francés, da, a mi juicio,

mucha mayor riqueza al idioma inglés que la que podría dar al sánscrito, por ejemplo, el tener una palabra de veintitantas sílabas que significase *el que tiene veintinueve pelos y medio en la ventanilla izquierda de la nariz*. Pues bien: esta indeterminación de las coplas populares, y el prestarse, por tanto, a diversos comentarios, lejos de ser un defecto de tales producciones, es una condición que las abrillanta, y los poetas eruditos, en mi opinión, no perderían el tiempo en estudiarlas como gérmenes de poesías más complejas, si la misión del poeta culto es, como creo, no la de censurar, ni aun la de imitar, sino la de enaltecer las producciones de la muchedumbre.

Mientras esto acontece, leed y releed esta preciosa colección de cantes, coplas y cantares, y si alguien cree, quizá, poner una pica en Flandes porque sabe que tal o cual de ellas es obra de un poeta tan ilustre como *Cavila*, *Mira-al-Cielo* o *Filipichi*, contestadle que la de más arriba o la de más abajo es de Juan Sánchez o de Dolores Pérez, de tía María *la Mica* o del *Pelao de Utrera*, y que, si los poetas eruditos hacen coplas *completamente iguales* a las del pueblo, esto sólo puede indicar que también ellos son *del pueblo*, sin otra diferencia que la de la cola o el apellido.

Por lo demás, muchas de las coplas que tenéis a la vista, no se han elegido tanto por sus condiciones de belleza como por su carácter *flamenco*, cualidad tan difícil de definir como fácil de apreciar por los inteligentes que comprendan todo el alcance del estribillo de la copla de *Panaeros*, que dice:

Pa tené grasia
sa menesté reuní

muchas circunstancias;
 circunstancias que, por desdicha, no reúne el prolo-
 guista de esta colección, destinada sólo a proporcio-
 nar un buen rato a los aficionados al género, y, cuan-
 do más, un motivo de pensamiento a los aficionados
 al estudio de la Literatura popular, hoy tan en boga
 en todos los pueblos cultos.

ANTONIO MACHADO Y ÁLVAREZ